

IV

El mismo viernes por la tarde cogí mi coche y me dirigí hacia el piso de Jaime, mi contacto, sito en la calle Alfonso X, cerca de la Plaza de los Ciclámenes. Tras recorrer un buen trecho giré por la Avenida Heredia y, en mitad de un atasco, consulté el reloj. “Bueno, llego de sobras”, pensé, al mismo tiempo que, no sé muy bien por qué, la imagen de Elena saltó a mi mente. Mientras me fijaba en los orondos nubarrones que se formaban en el cielo, trataba de comprender su actitud en el caso del Niño Tiempo, en su forma de enfrentarse y rehuir de una más que posible relación con Gurnick, y en esa acongojante ansiedad que la invadía en las pocas veces que habíamos —o mejor dicho, había— sacado el tema. Pero por más que me esforzara no obtenía respuesta alguna. “Elena siempre fue así”, pensé.

Jaime Sandoval, a pesar de lo dicho, no era un simple contacto. Nos conocimos años ha en la escuela de dibujo. Yo por aquel entonces era un neófito en el uso de los lápices, el carbón, los pasteles y los crayones. Aunque de pequeño tenía mano para dibujar, recuerdo que la primera clase en aquella academia resultó ser algo más que abrumadora. Me presentaron un auténtico alud de información histórica, incomodándome de tal manera que incluso me cuestioné varias veces si yo debería estar allí. Jamás se me dio bien estudiar, y la historia era mi punto débil. Pero fue gracias a Jaime que tiré adelante, porque me ayudó desde el primer día e hizo que todas aquellas clases teóricas se convirtieran en algo mucho más llevadero.

A partir de entonces empezamos a cultivar una amistad que acabó por madurar dos años después, en la víspera de la graduación. Esa noche nos emborrachamos, reímos, hablamos de chicas y, entre cerveza y cerveza, otras cuestiones más personales salieron a la luz. Por supuesto, El Niño Tiempo fue una de ellas. Primero comenzó siendo una simple historia de terror contada entre risas; pero luego, tras alguna que otra lágrima (no sé si al recordar por cómo me trató Elena en su día, o por la estrambótica historia guardada en mi propia Caja de Pandora), fue cogiendo forma de confesión. Jaime al principio no supo cómo reaccionar; se quedó desconcertado. Sin embargo, su embriagadora forma de ser volvió a hacer acto de presencia. Dejó de lado la cerveza, me miró con ojos rojos a causa del alcohol, sonrió, explicó un chiste malísimo y me dio un apretón en el hombro. Su personalidad y su forma de ayudar me llegaron muy adentro. Para mí, el sólo hecho de sentirme escuchado tras tantos años de silencio significó una liberación. A partir de entonces, entendí el auténtico significado de la palabra amistad.

Encontré aparcamiento enseguida; dejé el coche en la plaza y anduve un corto trecho hasta llegar a Alfonso X. Subí las escaleras de su piso y, ahogado, me dispuse a llamar al timbre de la puerta. Pero no fue necesario. Jaime, aún no sé cómo, se me adelantó y la abrió antes de que yo hiciera nada, abalanzándose sobre mí con los brazos extendidos. Tras el efusivo apretón, nos cruzamos dos o tres frases convencionales y me invitó a pasar.

Llevábamos más de dos meses sin vernos. Su trabajo en la imprenta lo tenía recluido del mundo, y yo, para entonces, iba arriba y abajo entregando currículos a todas las empresas de artes gráficas. Tras varias decepciones, Jaime fue quien me aconsejó por teléfono que me hiciera autónomo e intentara ofrecer mis servicios a

distancia, porque en estos tiempos de crisis ahorrar en Seguridad Social era una de las prioridades a la hora de tirar de mano de obra. Apenas convencido, asentí y lo intenté. Y la verdad es que no me arrepiento de haberle hecho caso.

Nos acomodamos en su sofá rinconera de piel, de color tirando a blanco. Justo delante, un montón de revistas de decoración y jardinería se amontonaban en una mesa auxiliar. Imitaciones de Kandinsky, anaqueles de color beige y tres lámparas de pie situadas en los rincones del salón le daban un toque muy personal a su piso de soltero. El aire chic del ambiente, inundado por la intensa iluminación tanto exterior como por los ojos de buey del techo, atenuó algo mi ansiedad.

—Bien —dijo desde uno de los laterales del sofá—. Pues tú dirás.

Asentí, traté de serenarme más y comencé a exponerle todo lo relacionado con el extraño sueño, de mis dos conversaciones telefónicas con Elena y de la posible relación de todo esto con El Niño Tiempo. Jaime escuchaba mi relato con atención, como siempre había hecho desde la academia. También le hablé de esa palabra: "Gurnick", esperando que tuviera más suerte que yo al escudriñar su significado.

—¿La habéis buscado por internet? —me preguntó.

—No, la verdad es que no... Entre el curro y ahora esto, no he encendido el portátil en casi dos semanas. Y Elena..., si las cosas no han cambiado creo que ni sabe lo que es un ordenador.

Jaime sonrió. A pesar de decirle que sentía que mi vida corría un grave peligro, se estaba riendo. Sin embargo, dibujé la misma mueca en mi rostro. Tal vez porque me imaginaba a la pobre Elena preguntándose qué era un ratón aparte de un simple roedor.

—Alguna vez he tenido ganas de conocer a esta chica... —dijo. Se irguió en el sofá con intención de levantarse.

—No sé si encajaríais mucho... —contesté. La imagen cómica del ratón se difuminó y apareció la del Niño Tiempo. Jaime ya se encontraba de pie—. Joder..., es que por el día también siento presencias extrañas, como si algo me estuviera observando... y a Elena le pasa lo mismo.

—Pero Elena no está aquí... Y sobre lo de Gurnick..., pues me suena a apellido anglosajón —aclaró Jaime mientras se dirigía hacia el corredor sin dejar de hablar. No obstante, y debido a la distancia, dejé de oír su voz y no entendí algunas frases. Al cabo de unos segundos dejé de oírlo y volvió con un portátil. Se sentó de nuevo y lo abrió—
Veamos...

Se hizo un silencio. Sólo se oyeron el repiqueteo de sus dedos en las teclas del ordenador y la brisa exterior golpeando las persianas, que anunciaba una tormenta inminente.

—Lo que creía: Gurnick es un apellido anglosajón. Hay un par de *twitters*, *facebooks* y el nombre de una academia... ¿Cómo se llama el pueblo?

—Santiago de Garoña.

—Santiago de... —repitió a la par que volvía a teclear; se quedó unos segundos pasmado en la pantalla. Deduje por el clic del ratón que iba pasando entre página y página del buscador. Al final, añadió—: Nada, no hay relación alguna entre Gurnick y el pueblo... Pero... Joder...

—¿Qué ocurre? —dije, tensionado. El corazón me dio un vuelco.

—A ver si cambian la página web del pueblecito... —Chasqueé la lengua. Giró el portátil hacia mí—. ¿Has visto estas fotografías en blanco y negro? No se aprecia una mierda... ¿Y estos botones? ¿Y el fondo de la página!? ¡Pero si hasta mi primo de cinco años haría un trabajo mejor!

—Venga, Jaime, por favor... Deja de hacer el ganso y ayúdame... —contesté.

—¿Te puedo decir de verdad lo que creo?

Asentí entre fugaces miradas hacia él y el monitor.

—Creo que lo único que te pasa es que estás fatigado... Y te entiendo, con todo el estrés del curro, los gastos y demás..., pero deberías tomarte un respiro, pensar en ti de vez en cuando... —Calló. No siguió por esos derroteros. Un mohín dibujado en mi cara se lo impidió—. Bueno, vale..., da igual... Sigamos mirando; tal vez en los *twitters*...

Pero mi expresión no tuvo nada que ver con él.

Justo en el momento que Jaime apartaba el ordenador de mí, lo sujeté con fuerza por los extremos, entrecerré los ojos y me fijé en las fotografías de la web. Observé un detalle que me inquietó. A pesar del claro deterioro de la imagen, en el centro de una de ellas pude ver al señor Navaes —hoy en día ya muerto— con su boina, su bastón y dos de sus reses detrás de él. Algo más al fondo reconocí la vieja casa de la familia Santamaría, que años después los propios padres la vendieron para pagar la universidad de su hijo mayor. Y allí, en un extremo y algo por delante de la casa, lo vi; era él, El Niño Tiempo, sentado en lo alto de unas ruinas de poco más de medio metro. Era difícil reconocerlo por el rostro, pero esa forma de sentarse (como en el pajar de mi tío), esa cabeza ladeada y esas ropas perennes me dijeron algo con claridad inmediata: que el chico existió de verdad.

Frío, mucho frío.

De pronto, vi las paredes de la casa de Jaime temblar. Las revistas se separaron del montoncito y cayeron todas al parquet. Pocos segundos después, una de las lámparas también se estrelló contra el suelo, rompiéndose su bombilla en mil pedazos. Varias intermitencias en los ojos de buey inundaron por momentos de penumbra el salón. Traté de agarrarme para no caerme, pero fue una acción anodina, banal, pues yo no me movía igual que lo hacía el resto de la casa. No obstante, me giré para ver a Jaime y comprobar cómo estaba; pero realizar esa acción fue la peor idea de todas, dado que su figura había desaparecido. En su lugar estaba él, El Niño Tiempo, sentado y con la cabeza ladeada. Tenía los ojos y labios cosidos, y un reguero de sangre fluía por su cabeza hasta el cuello. "¿Qué demonios...", pensé. Aunque estaba seguro de que no me veía a causa de sus ojos hilvanados, su rigidez emanaba un terror indescriptible. Sentía como si el niño percibiese mi presencia sin necesidad de mirarme, sólo con la ayuda de la intermitente oscuridad. Por un momento olvidé el temblor, el sudor frío volvió a invadirme y me concentré mucho más en él... Cuando estuve a punto de decirle algo, me callé y sólo llegué a chistar. Un frío intenso —o mejor dicho, el frío intenso— en mis extremidades fue el culpable de no poder articular palabra. Volví la mirada al suelo y vi que éste se había convertido en una pista de hielo. Mis pies, desnudos, se estaban gangrenando. De pronto, ya no los sentía, ya no era dueño de ellos..., como en mis recientes sueños. Poco después, proferí un grito que salió de lo más profundo de mi ser y que me llevó a mirar

hacia el techo. Y allí, la palabra "Gurnick" apareció escrita en sangre. Mi grito, entonces, aumentó de intensidad hasta convertirse en un alarido ensordecedor.

Y cerré los ojos.

Jaime tuvo que zarandearme para sacarme de aquel trance. Al despertar, me volví a notar empapado de sudor. Con celeridad, oteé el horizonte y comprobé que todo estuviera en su sitio; y sí, lo estaba. Volví la mirada al suelo y mis pies se encontraban dentro mis calcetines Nike y mis zapatos Mustang. Y en el techo, gracias a Dios, no había señal alguna de aquella maldita palabra. Los ojos de buey iluminaban con fervor cada rincón del salón y las lámparas de pie hacían su función de luz de relleno a la perfección. Sin embargo, noté un resplandor mucho más intenso. Giré mi cabeza y dirigí mi mirada a través del balcón, donde entendí el porqué: ya no había casi luz exterior. El sol se estaba poniendo y la tormenta ya era una realidad en su primera forma de sirimiri. Un trueno se oyó en la lejanía y un ligero olor a humedad empezó a notarse en la casa.

La oscuridad volvía a por mí.

—¡Eh!, ¡eh! ¡Raúl! —gritó Jaime, estremecido.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Te has quedado con los ojos en blanco, tío... He tratado de despertarte, pero no había manera; pensé que habías muerto...

—El niño... Gurnick... He de..., he de... —dije entre estertores e incorporándome.

—Antes me ha parecido oír algo, joder... ¡Eran como pasos por el pasillo...!

—¿Lo has oído?

—Sí, joder... ¡Y tanto que lo he oído! ¿Qué coño está pasando?

Cogí el ordenador, que seguía mostrando la página web, y centré de nuevo mi atención en la fotografía donde salía el señor Navaes. Fruncí el ceño y miré las ruinas. Pero allí ya no había nadie, no había rastro del Niño Tiempo.

En ese momento entendí lo que tenía que hacer.

—Me marchó... —dije—. Tengo..., tengo un largo viaje por delante y debería irme...

Traté de levantarme, a lo que Jaime me puso la mano en el hombro, impidiéndome que me moviera.

—¿Y adónde vas a ir?

—Al pueblo...

—No estás en condiciones de ir solo a ningún sitio —dijo. Su tono era muy distinto al liviano de antes. Es más, nunca lo había visto así—. No es la mejor idea.

—Mira Jaime, has hecho mucho por mí, de verdad, pero ahora...

Me interrumpió.

—He dicho "tú solo". —Lo miré extrañado, y añadió—: Te traigo una toalla, te secas y vamos para allá. Conduzco yo.